

La investigación de Manuel J. Gutiérrez sobre *ser y estar* en el habla de Michoacán, incide en un fenómeno novedoso en nuestra lengua, aporta nuevos datos a la teoría del cambio lingüístico y abre todo un campo de estudio para futuras investigaciones.

M. LORETO FLORIÁN REYES  
Universidad de Alcalá

DORA ESTELA RODRÍGUEZ, y LIDIA RODRÍGUEZ (comps.), *Lenguaje y sociedad. Metodologías y análisis aplicados al habla de Monterrey*. Trillas, México, 1996; 164 pp.

Este libro es el primer resultado de un proyecto de largo aliento, iniciado en 1985, con el fin de dar cuenta del uso del español en una de las ciudades más importantes del norte de México y con tres objetivos bien delimitados, a saber: “el primero y más importante, identificar y describir las diferencias en el habla de los distintos grupos sociales de la zona metropolitana; el segundo, menos enfatizado en nuestra metodología, conocer algunos rasgos regionales del uso del español en esta zona del país; y el tercero, de orden netamente didáctico, utilizar este proyecto de investigación como actividad de aprendizaje” (p. 14).

Así, el habla de Monterrey, enmarcada en una metodología laboviana de gran consistencia, es puesta a la luz de cinco perspectivas: la metáfora, la cohesión y coherencia, la narración, la descripción y la argumentación, atravesadas por marcos teóricos y variables sociolingüísticas diversos —edad, sexo, origen, grado escolar—, que muestran nítidamente la estrecha relación entre la variación en el habla y los factores sociales que la circundan.

Su estructura y organización obedecen a una lógica interna: el habla de Monterrey permea todo el libro, que se articula en una Introducción, seis capítulos y un Apéndice, cada uno en su independencia establece vasos comunicantes con los demás, lo que le da cohesión, armonía y calidad de texto.

Ya desde la Introducción se anuncia un libro con doble función; una didáctica, la otra de apoyo a la investigación y ambas coronadas por un *corpus*, virgen aún, en espera de ser desplegado en sus entretelas: desde la posibilidad de estudiar entonación o rasgos fonéticos y fonológicos del habla regiomontana, hasta penetrar los complejos mundos de la argumentación discursiva. Hay explicaciones sobrias y claras que ponen al lector al tanto del estado del arte de una disciplina todavía joven: la sociolingüística, que se imbrica con otras cuyos linderos a veces son imperceptibles —la sociología del lenguaje, la etnografía de la comunicación, la pragmática, el análisis del discurso—; además de hacer explícitas las metodologías y técnicas con las que entretajan sus análisis.

En el primer capítulo, “El habla de Monterrey: historia de un proyecto”, se pone de manifiesto esta naturaleza multifacética del libro. Sus autoras, al historiar las fases del proyecto con toda precisión y claridad, revelan un acercamiento científico con planteamientos teóricos y metodológicos rigurosos, inserto en una perspectiva netamente sociolingüística: lengua viva, en movimiento, contenida en ámbitos sociales que la hacen variar y ser de distintas y muchas formas.

Desde este punto de vista, el proyecto se puede considerar modélico en la tradición lingüística de México, en la que dar cuenta de un habla local en relación con el ámbito social circundante no ha sido común. Si bien es cierto que el proyecto del habla culta y popular de la ciudad de México, dirigido por el doctor Juan M. Lope Blanch en la UNAM, ha llenado una larga brecha de esta historia, también lo es que sólo analiza problemas del habla de la ciudad. Los otros intentos de describir hablas locales como las de Guanajuato, Tamazunchale, Oaxaca, Tlacotalpan o Valladolid, valiosos en sí mismos, son de otra naturaleza, con un corte clásico enmarcado en el descriptivismo cuyo objetivo es dar cuenta de las características internas de una lengua, sin dialogar con otras dimensiones más amplias y complejas. He aquí, pues, una de las virtudes de *Lenguaje y sociedad*: recoger, seleccionar, escudriñar el habla de Monterrey, privilegiando la lengua oral frente a la forma escrita desde una perspectiva semiótica y dentro de una dinámica social.

La historia que nos relatan las autoras, nada simple por cierto, está llena de avatares propios de la naciente y endeblemente apoyada investigación en ciencias sociales en México. Al ritmo pausado de “aserrín, aserrán los maderos de San Juan” (p. 21), las autoras nos relatan las vicisitudes para dar forma y sustancia a un proyecto que diera cuenta de la lengua oral. Más allá de la vieja y ahora revitalizada pugna entre la lengua oral y la lengua escrita, las profesoras Rodríguez decidieron enfrentarse a la evanescencia de la lengua oral y con gran rigor metodológico lograron asirla con instrumentos sólidos y ampliamente probados: representatividad, variables, entrevista. En este sentido, Labov juega un papel fundamental, representa con su aporte teórico el modelo a seguir para ser adaptado con creatividad e inteligencia a la realidad mexicana, en general, y a la regiomontana, en particular: “En lo referente a la duración de la entrevista y el manejo de temas, seguimos muy de cerca las sugerencias de Labov (1983)... El manejo temático se proyecta en forma modular en torno a tres temas principales (fiestas y comidas, trabajo y crisis) que, de acuerdo con la metodología propuesta por Labov, podían alternarse según el interés que mostrara el entrevistado” (p. 15).

Dora Esthela Rodríguez y Lidia Rodríguez planearon un sinfín de estrategias medidas y cuantificadas que provocaron el fluir espontáneo del habla —ese unicornio azul de la metodología— de hombres y mujeres de diferentes estratos sociales, edades y formación escolar que al hablar de la comida, las fiestas y la crisis ponían en juego su capacidad

discursiva y su propia realidad social, en 600 entrevistas sociolingüísticas: “De acuerdo con este criterio cuantitativo y la revisión de los censos nacionales de 1970 y 1980..., se planeó la muestra con cuatro tipos de variables demográficas, socioeconómicas y educativas: el sexo, la edad, la educación formal y la zona de residencia de los entrevistados” (p. 17).

Llama la atención en esta historia la parte dedicada a los problemas posteriores a la grabación. Superada ya la aventura de la grabación y las entrevistas vendría la de la transcripción: con qué pautas, qué criterios, quién lo haría, amén de cómo almacenar y manipular cintas y ponerlas al servicio de la investigación; todos esos detalles que quedan agazapados y que son los que hacen al fin confiable un *corpus*. Éste, que nos ofrece *Lenguaje y sociedad*, será digno de trabajarse y de traspasarse en sus múltiples perspectivas, pues fue construido con el rigor de la ciencia social: “...contamos con un importante corpus de habla oral lo suficientemente amplio (600 horas de grabación) para permitir establecer variaciones en el uso del español y su correlación con un gran número de factores sociológicos, psicológicos y comunicativos... dado que el corpus con el que contamos (planeado desde una perspectiva sociolingüística) es muy amplio, permite planear investigaciones en todos los niveles del uso de la lengua (fonético-fonológico, morfosintáctico, léxico-semántico, y aun textual-discursivo o pragmático-semiótico) las cuales no serían realizables con corpus planeados desde perspectivas parciales: dialectología, morfosintaxis, léxico-estadísticas, etc.” (p. 31). Albergados por esta historia de casi diez años, vienen después cinco capítulos que son muestra de la riqueza del *corpus* y sus múltiples posibilidades de análisis.

En “Metáforas coloquiales en el habla de Monterrey”, Maricela Rodríguez y Aracely Saucedo tratan de demostrar que “tras de los usos metafóricos se oculta toda una forma de concebir las cosas... en estrecha relación con las características sociológicas de los hablantes” (p. 53). Para Rodríguez y Saucedo, basadas en Lakoff y Johnson, el foco está en lo que hay detrás de “te derrumbas porque te derrumbas”, o “vamos a caer más bajo”, metáforas coloquiales que muestran el pensamiento real de quienes las usan. Las autoras rompen los amarres de la concepción clásica de una metáfora con sentido poético y derriban algunos mitos del habla femenina y masculina. El apéndice que ofrecen al final del artículo, además de interesante por su clasificación, es muy valioso pues deja abierta la puerta a variados análisis que van desde el léxico hasta la interpretación semántica, pasando por la peculiar sintaxis de las metáforas ahí consignadas.

Para Irene Gartz el énfasis está, en cambio, en dos conceptos medulares en el análisis del discurso: *cohesión* y *coherencia*, para estudiar la interacción del diálogo. En su trabajo, “Aspectos de coherencia y cohesión en el discurso de diferentes estratos de *El habla de Monterrey*”, Gartz consigue algunos hallazgos interesantes en sus resultados con mujeres con y sin escolaridad, y entre hombres y mujeres: “En todo se puede decir

que la supravariante de educación tiene un fuerte impacto en la forma cómo la gente desarrolla patrones de unificación semántica en su pensamiento y cómo les da forma lingüística a estas estructuras de sus ideas” (p. 94).

Claudia Reyes incursiona con gran seriedad por las estrategias que siguen los adultos regiomontanos al conversar y narrar. Amparada en el método bien probado de Labov, primero, y de Peterson y McCabe, después, Reyes analiza las funciones de dichas narraciones y las diferencias que hay entre hombres y mujeres en el número de eventos, y llega a conclusiones muy interesantes: “...que una mayor y más elevada educación aleja a los hombres de su cotidianidad o de la expresión de la misma, mientras que a las mujeres les da nuevas experiencias que deben ser organizadas verbalmente, o bien, nuevas herramientas para analizar dichas experiencias” (p. 111).

Alicia Verónica Sánchez, en “Algunos aspectos de la descripción de *El habla de Monterrey*”, estudia desde una perspectiva diferente a la de Gartz, el análisis del discurso. Se introduce en el interesante y poco explorado mundo de la descripción de procesos. De nuevo, la coherencia global y la cohesión serán el punto de partida del análisis. Siguiendo a Callow como apoyo teórico, logra notables resultados con el uso de verbos en recetas de cocina, todos involucrados estrechamente con la semántica de la acción, además de analizar otros marcadores lingüísticos. Los chiles rellenos, el pozole o el pay de limón se convierten en el foco de una descripción diversificada según las subjetividades y las realidades sociales.

Finalmente, en “La construcción de las crisis en el discurso: funcionamiento ideológico en tres grupos sociales de Monterrey”, Lidia Rodríguez penetra el complejo mundo de la argumentación con el estudio de la construcción de la noción de crisis en el discurso de tres grupos sociales. Los ejes de su análisis están soportados por conceptos fundamentales del discurso: esquematización, argumentación, poder, ideología y subjetividad, conceptos que van más allá de lo lingüístico, pero que finalmente se enraizan en la lengua. Rodríguez destaca el papel fundamental de la subjetividad y llega a conclusiones atractivas con respecto al funcionamiento de la lógica natural que se convierte más tarde en lógica social: “El resultado del análisis de los preconstruidos nos permite identificar aquellos que corresponden a lo establecido socialmente en torno a la situación de la entrevista y aquellos que conforman la noción *crisis* en la comunidad mexicana (y especialmente la regiomontana) de 1985-86” (p. 152).

En suma, podemos decir que *Lenguaje y sociedad* es una verdadera aportación al conocimiento de la lingüística mexicana contemporánea y que su mayor virtud es descubrir veneros de investigación. El lingüista puede abreviar en ellos con tranquilidad; el soporte teórico es sólido y el *corpus* se ofrece con mil y una posibilidades de análisis. El trabajo ha de

seguir haciéndose con la misma honestidad con la que hasta ahora se ha hecho: un trabajo que cumple sus objetivos pero que reconoce que hay que bordar todavía más fino para tener resultados más certeros, más especulativos frente a los exploratorios y descriptivos de ahora. Un trabajo intelectual que propicia un conocimiento nuevo y necesario, que conoce más al lenguaje y con él, al hombre mismo. *Lenguaje y sociedad* es un modelo, pues explora una de las hablas de México más ricas y desconocidas aun desde la perspectiva sociolingüística.

REBECA BARRIGA VILLANUEVA  
El Colegio de México

NANCY JOE DYER (ed.), *El "Mío Cid" del taller alfonsí: versión en prosa en la "Primera Crónica General" y en la "Crónica de veinte reyes"*. Juan de la Cuesta, Newark, DE, 1995; 237 pp. (*Hispanic Monographs Series: Ediciones críticas*, 6)

La discusión sobre el valor que había de atribuirse a las crónicas medievales castellanas en la restitución y enmienda de algunos versos o pasajes del *Poema de mio Cid* (en adelante, *PMC*) conservado, se revitalizó hacia 1972 cuando, luego de convertirse la edición preparada por Menéndez Pidal en una verdadera versión vulgata del texto, abundante en correcciones y adiciones producto del cotejo con distintas crónicas, Colin Smith desautorizó su empleo: las diferencias entre la versión poética y sus pretendidas prosificaciones no significaban necesariamente una mayor proximidad del *corpus* historiográfico al arquetipo de la épica, sino sólo una versión diferente sujeta a los obligados cambios estilísticos que una prosificación implica.

Rechazada la conveniencia de la *emendatio ope codicum*, a veces de manera poco crítica (véase, por ejemplo, la edición M. Garci-Gómez del *Cantar de mio Cid*, Madrid, 1997), faltaban sin embargo los estudios que aclarasen con mayor minucia el estado de la relación: a no ser por algunos trabajos importantes de Diego Catalán, escasamente se había abonado la cuestión. No es sino hasta la década de 1980, cuando aparecieron tres estudios definitivos sobre el tema (Nancy Joe Dyer, "Crónica de veinte reyes use of the Cid epic: Perspectives, method, and rationale", *RPh*, 33, 1980, 534-544; D. G. Pattison, *From legend to chronicle: The treatment of epic material in Alphonsine historiography*, Oxford, 1983, y Brian Powell, *Epic and chronicle. The "Poema de mio Cid" and the "Crónica de veinte reyes"*, London, 1983), que, desde diferentes perspectivas y con miras a diversos fines, trazaron líneas de investigación que han permitido una más clara comprensión del tratamiento que tuvieron los materiales épicos en el taller historiográfico alfonsí.